

# LOS JARDINES DE SEVILLA

POR EL ACADEMICO NUMERARIO  
ILMO. SR. D. JOAQUIN ROMERO MURUBE  
COMISARIO DE DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTISTICO

2 de abril de 1952.

### COMPAS DE ENTRADA

Los chapines que luce Isabel de Portugal con motivo de sus bodas con el Emperador Carlos V, estaban recubiertos de perlas riquísimas. Y a esta boda asisten lujosas representaciones de todas las cortes europeas. Preside la embajada de la Señoría de Venecia, una de las figuras más agudas del Renacimiento italiano: el Magnífico Micer Francisco Navagero, de felices concomitancias, a través de Boscán y Garcilaso, con lo más noble de la literatura española. Por los Estados Pontificios está presente Baltasar de Castiglione. No muy lejos, Pedro Mártir de Anglería. Y uno piensa en aquellas fiestas de la boda del Emperador, a través de la rica información que los cronistas nos han dejado, y reconstruye escenas y momentos con la delectación de un sueño maravilloso. Es el mes de mayo y es en Sevilla. Son los jardines del Alcázar. La Emperatriz tiene una belleza cristalina —acordaos del retrato de Ticiano— concentrada principalmente en el color verdoso de los ojos y en la delgadez enhiesta y venusina de su figura. “Era la Emperatriz —nos dice el cronista Alonso de Santa Cruz— blanca de rostro y de mirar honesto y poco habla y baja. Tenía los ojos grandes, la boca pequeña, la nariz aguileña, los pechos breves, la garganta alta y hermosa. Era de su condición mansa y retraída”.

Y uno, no sabe por qué, al leer esta descripción se acuerda del hondo e inolvidable perfume de las camelias de Cintra.

Las damas portuguesas que acompañan a doña Isabel y le forman la corte, han sido escogidas con un criterio donde el encanto y la belleza presiden como categorías de selección... ¿Fue en estos jardines del Alcázar de Sevilla donde Garcilaso vió por vez primera a doña Isabel de Freire? ¡Lugar feliz y feliz incidencia que ha de motivar la voz más pura de la poesía española! El

Navagero nos dice en el diario de su viaje por España y con referencia a estos días del imperial epitalamio: "Hay aquí en los jardines del Alcázar de Sevilla un patio de naranjos que es el sitio más apacible del mundo".

Ese patio, ese bosque, existe todavía... De él acabamos de salir para hablar en la Academia de un tema de suma fragilidad: el de los Jardines de Sevilla. No sé si lograremos decir mucho y hondo. Por lo menos —y con ello nos damos por más que contentos— intentaremos crear con nuestra lectura un ambiente de sanos aromas hispalenses.

#### DISCRIMINACION DE UN CONCEPTO

Bajo el enunciado de esta lectura sobre jardines sevillanos, no esperéis que, como en otras ocasiones, vayamos a querer sentar cátedra quijotesca de ortodoxias hispalenses... No. Aquí no hace falta. Hablaremos —todos la conocéis— de una Sevilla con nobleza y autenticidad. La mejor nobleza. La del tiempo, la del fluir de los siglos con fidelidad a unas normas características y a una aristocracia de costumbre. Cuando en una plaza de Madrid o de Buenos Aires surge eso que ahora llaman "jardín estilo sevillano", ya sabemos todo lo que no es, y lo que es. Retazos de la fachada del A. B. C. por la Castellana con arquitectura de Aníbal González; o, mucho peor, cerámica de Triana comercial y chillona. Y una fuente con un bicho en medio que, en dolorosísimo esguince, echó agua por el pico el día de la inauguración, y al que luego los niños, cumpliendo con la angélica obligación deportiva de los pocos años, a trompazo limpio le van descubriendo la fea anatomía de arcilla basta y alambre retorcidos. Y todo esto en un ambiente municipal y, más que espeso, socialistoide. Nada más lejos de Sevilla que ese jardín llamado ahora "estilo sevillano". Sevilla es clausura y silencio musical, es decir, un silencio lleno de ecos. El jardín de Sevilla nos produce una dulce serenidad, honda y plañentera, porque nos transporta rápida y decisivamente hacia la abstracción y hacia el ensueño.

#### COMPROMISO DE UNA LECCION

Pero —me pregunto yo—, ¿qué títulos me asisten para esta lectura? Pedimos plaza para los poetas. Cierto que en un jardín han de intervenir, primeramente, el botánico, y el ingeniero de las tierras; luego el arquitecto, quizás el pintor... Y que en actos

como este y desde otros puntos de vista, el historiador, el arqueólogo, los ordenadores del desarrollo material de las ciudades, municipales, etc., etc. Que esta tarde, vuestra amabilidad deje sitio a un amante de la poesía. A pesar del surrealismo, hay aún personas que en los jardines nos encontramos como en nuestra propia casa. Para hablar aquí no tenemos otro título. La erudición del poeta, por arbitraria, puede divertir; y su sabiduría, por misteriosa, quizás picar en lo curioso. ¿Pero de qué escuela, de qué libro hemos arrancado esta erudición y esa sabiduría? Perdonad señoras, señores, un momento de vanidad irreprimible: es que somos hace muchos años aprendiz de jardinero en uno de los vergeles más nobles del mundo: el Alcázar de Sevilla.

#### HACIA EL JARDIN DE SEVILLA

Si un jardín puede ser manifestación genuina de un pueblo, de una ciudad, de una familia, incluso de un hombre, ¿cómo ha de ser el jardín que encierre la esencia de Sevilla?

Debemos hacer en este punto una exégesis rapidísima de lo que históricamente ha significado esta ciudad. "Oriente y occidente, griegos y semitas, tomando a Sevilla por palenque y fatídico ajedrez del destino, adoptándola como cuna, solio y sepulcro, la han enriquecido y depurado, dotándola del momento y matiz espiritual". Así ha escrito Assen. Luego, Sevilla fué lugar de fronteras. Tierras del Reino de Sevilla fueron durante muchos años fronteras del Islam; y aguas del río de Sevilla fueron también durante siglos los náuticos contactos con el Nuevo Mundo. Sevilla cumple así un designio histórico que, por elegancia o por sabiduría ha encubierto siempre su trascendencia nacional bajo apariencias sólo lujosas, líricas o intrascendentes. De la mejor Sevilla, al parecer, no nos queda hoy más que una torre, un archivo, un templo o una escuela pictórica o literaria... ¿nada más? Sí; algo más. Algo difícil y de trascendencia casi impalpable. Nos queda el encanto de una ciudad con fisonomía tectónica singularísima, y el misterio de un alma muy trasegada por los siglos y las razas, sabia en su silencio, sorprendente en sus salidas, huidiza en la finura de sus manifestaciones más personales.

La ciudad ha sido siempre conjunto urbano de apretado talle. El amurallamiento cesáreo y luego musulmán, no obstante su extenso perímetro, fué desbordado por varios sitios, desde los tiempos más antiguos. No ya Triana, fundación seguramente conjuncional con la antigua Híspalis; es el barrio de San Bernardo que

ya aparece extramuros en los finales del siglo XV; como asimismo el del Baratillo, por el Arenal —tan lleno de recuerdos de Lope de Vega—, barrio surgido por el cambalacheo portuario del gran siglo de Indias.

Uno de los problemas más enrevesados con que tropiezan los historiadores y los economistas, es precisar el número de habitantes que tuvo Sevilla en sus distintas épocas decisivas. Pero ello no nos incumbe a nuestro propósito. Si nos interesa saber que la capital andaluza es ciudad de construcciones apretadas, de población superdensa en la mayor parte de su historia, y que por ello, las áreas libres del uso primordial doméstico —como son los jardines— escasean y constituyen —tal Cádiz, tal Nueva York— un lujo costoso.

### CUERPO Y ESPIRITU

Ahondemos algo sobre estas materialidades primeras. Se ha dicho que Sevilla es una ciudad regida sólo por la estética más simple y afortunada: la estética del caer bien las cosas. Quizás esta sea una buena definición popular. Y la corroboración del aserto nos lo da su torre. La Giralda es un hito militar que señala, primeramente, la expansión africana sobre Europa. Sobre un decorado casi litúrgico, como es siempre la lacería musulmana, el Occidente hace valer, algunos siglos después, los valores intelectuales del Renacimiento. Y todo este conjunto de exaltaciones diversas y felices, lo corona el sentimiento religioso: la palma de la fe cristiana, en vecindad de cielos y de nubes. De esta amalgama diversa y detonante, ¿qué ha surgido? La más acabada expresión de la estética hispalense. El arte de que las cosas caigan bien, superando en el juego de las formas el aparente antagonismo de sus esencias primordiales.

Igual que de la torre podríamos decir de toda la cultura sevillana, e igual podemos entrever en esas manifestaciones vivas y sutiles del alma de un pueblo qué son sus jardines. Si examinamos éstos con un orden histórico vemos cómo aquí llegan y se aclimantan todas las influencias jardineras, algunas lógicas y razonables, otras hasta disparatadas. Pero en todas ellas infunde Sevilla, al assimilarlas, el sello de su característica personalidad. Y, ¿dónde radica, en qué se sustenta esta esencia fuerte y primeriza?

Intentemos encontrarla. Busquemos a través de realidades materiales, el espíritu de sus jardines.

### MORFOLOGIA DE LA CASA SEVILLANA

Ya hemos dicho que la Ciudad tiene una construcción densa y que dentro de esta apretura la casa surge regida sólo por motivos primordiales: la luz, el cielo, la climatología. En un llano caluroso y húmedo, como es toda la marisma del Guadalquivir, las edificaciones han de ser de escasa altura —eran dos plantas antes generalmente— y en el interior han de existir espacios abiertos para que la humedad de los pisos bajos halle fácil transpiración y soleo. De ahí la necesidad de los patios. La casa debe tener dos patios: el primero, o de entrada, que firma con el zaguán la parte principal o de honor de la vivienda; y otro secundario al fondo —corralillo en los pueblos, patinillo o jardinillo en la ciudad. Ambas áreas abiertas a la intemperie, al comunicar sus entradas de aire a través de salas, corredores y galerías, permiten durante el estío mantener zonas frescas y agradables. Y la repetición del fenómeno constructivo en todas las posibilidades económicas, nos demuestra el rigor de una norma arquitectónica casi ineludible. Así en el palacio como en la casa burguesa o en la vivienda artesana y popularísima. Bien: pues estimamos, y perdón por estos vulgares pero imprescindibles antecedentes, estimamos que el jardín netamente sevillano nace de esta organización comunicada de patios, rejas, corredores y jardinillos. Y su espíritu, sobre todo, de estos últimos, de los jardinillos. Hablemos, pues, detenidamente de los patios y de esos rincones menudos, urnas de la mayor intimidad casera sevillana, entre arriates, fuentes y macetas.

### EL PATIO

El primer matiz que queremos destacar es el siguiente: en Sevilla, el patio no es sólo una organización arquitectónica que permite la aireación higiénica de la casa, al igual que los hay por todas las tierras de la península. No; aquí el patio adquiere un exorno, un cuidado, un lujo o capricho que hace que aquel ámbito doméstico cumpla finalidades cotidianas más nobles y trascendentes que las que se originan de la pura función salubre.

Se han dicho muchas cosas del patio andaluz, y más concretamente del sevillano. Hacen llegar sus influencias psicológicas más remotas del Mediterráneo oriental. Ahora bien; esta influencia puede subir por dos caminos: el litoral superior —y entonces será romana, toscana, ligurina e incluso provenzal—, o puede arras-

trarse con sedimentos milenarios por todo el norte africano, con una palpitación de muertes, soles y desiertos.

Desde el punto de vista de la influencia itálica, quizás le nazca al patio sevillano ese sentido lujoso y decorativo que hace que aquella pieza de la casa adquiriera categoría de salón abierto a un supremo techo celeste, festoneado por el trémulo encaje de unas parras, de unos pacíficos, de unos jazmineros.

Pero los que sepan aguzar bien en el alma de los patios sevillanos, conjuntamente con la ordenación arquitectónica más o menos clásica —zaguán o pórtico, galerías o logias, partes que corresponden al "impluvium"—, hallará un sedimento de tristeza milenaria, perdido, casi irreparable sólo por los rincones fríos de cal, sombras y jaramagos. Entonces es Egipto. Es la influencia de la vía meridional del Mediterráneo aborigen. El patio pone en comunicación constante el interior del hogar sevillano con los astros, con el cielo, con las estrellas. Hay un sentido de lo más eterno —la muerte— en aquella luz aparentemente dormida y no obstante viajera sin prisa ni demora posible. Por esta influencia egipciaca ha dicho un escritor que algunos patios de Sevilla tienen una melancolía pequeña e infinita, algo así como la tristeza que nos produce la contemplación de un niño muerto.

### UN PARENTESIS

(Hago un alto en la lectura, si no por arrepentimiento, sí por revalidación de títulos. Quiero recordar que al hablar así no esgrimimos más que una vocación: la de amantes de la poesía. Es posible que los arqueólogos, que los arquitectos no encuentren muy ajustado a doctrina todo lo que vamos exponiendo. ¡Por Dios, admirado Torres Balbás! ¡Por Dios, querido García Gómez; por amigo, Fernando Chueca o Víctor D'ors;... Dejadmé con mis cuentos y con mis romances. No apliquéis nunca a la imaginación o a la lírica voluntad las reglas del cálculo erudito o arquitectónico... Pido perdón por el bache. Volvamos al patio.)

### OTRA VEZ AL PATIO

Tenemos, pues, ya unos ámbitos de ascendencias seculares —el patio y el jardinillo— que, por el uso de plantas y exornos vegetales, constituyen el más viejo y seguro antecedente de la jardinería sevillana. Nos interesan más los patinillos. Pero no podemos pasar tan de prisa por el patio principal o de entrada.

Para dejar sentada su trascendencia nos tientan varios caminos. Uno, el de la clasificación según épocas y estilos, y esto sería orientar el tema nuevamente en un sentido marcadamente arqueológico y arquitectónico que no va a nuestro propósito de esta tarde. Otro, el literario, adornado por la autoridad de nombres ilustres. Recordad aquel patio sevillano de Cervantes, en el Rinconete, adornado por una verde, embriagante y solitaria maceta de albahaca.

Literariamente, el tema sería inacabable. Concentremos su tupida fronda en algunos rasgos definitivos. El patio constituye la felicidad y el lujo de los sevillanos. No sabemos qué espíritu misterioso e irreprimible nos lleva a los que allí vivimos, y en todos los órdenes sociales, a pensar que la realización feliz de nuestra vida consiste en una solería de mármol, un chorro de agua, unos arcos sobre columnas, flores y un pedazo de cielo... Esto es esencial: el cielo. Un pedazo de cielo para nosotros solos. El cielo dentro de la casa; es decir, contemplado solitariamente desde la butaca o la silla preferida, con el libro, con el periódico o con el quehacer de aquel día entre las manos. El patio aísla del mundo en torno, y sólo admite una vecindad franca: la celeste, la suprema, la casa de Dios. "Dios está azul", dijo Juan Ramón Jiménez. Y en este aislamiento del patio, entre flores —hortensias, geranios, campanillas—; entre mármoles —arcos, cielos y columnas—, el sevillano se siente poseído de una extraña felicidad. ¿En qué consiste? Tal vez en acusar solitariamente, casi con egoísmo, su presencia en el orden maravilloso de la creación. Primero es la luz. ¿Cuántos matices —grises, azulados, rosas— caben en un patio blanqueado de cal herido en un ángulo, de soslayo, por una faja de sol? Este chorro de oro rebota sobre los mármoles, sobre los arcos, paramentos y columnas y hace surgir una finísima arquitectura de sombras que se mueve lentísimamente, y que en su mudanza unen al contemplativo con el eje de la misma tierra. "A las once de la mañana el sol da junto a esta losa, y a las cinco de la tarde resbalará por el alero y la cornisa...". Es que en la soledad del patio casi se oye el roce de la luz sobre las paredes. Luego las flores. El aroma y el color abajo: varitas de San José, miramelindos o albahaca, según la estación del año. Plantas de altura, escasas: el granado o el laurel, la elegantísima kencia real, las colocacias; o en los más reducidos y modestos las oscuras y lustrosas aspidistras. Plantas altas que no oculten el cielo totalmente, porque el cielo es lo esencial. La palma es la predilecta: la palma es un surtidor vegetal paradisíaco, que sube el temblor



de sus hojas con vocación de caricia hacia los aires más altos. La sombra de sus hojas filamentosas, sobre el mármol de las sole-rías, pone a veces un escorzo de fuga de cebras imposibles sobre la nieve de los pavimentos. Y el agua. Un surtidor. Un grifo deco-rado en hornacina sobre la geometría del muro. En el "Diablo Cojuelo", Vélez de Guevara hace un retrato de Sevilla enfocado principalmente sobre esta abundancia de las palmas y palmeras en sus patios y jardinillos. Dice así: "Los edificios de Sevilla pa-recen que han muerto vírgenes y mártires porque todos están con palmas en las manos, que son las que se descubren en sus peregrinos pensiles entre naranjos, limoneros y laureles."

Pero en nuestra intención jardinera, interesándonos mucho el patio principal, nos llama, con voces más apremiantes, el jardi-nillo, el segundo patio de fondo, porque en él la jardinería llena el lugar importante que ocupa muchas veces en el primero sólo la decoración o la arquitectura. Y tan es así, que algunos de estos primeros patios buscan como única belleza la ordenación de sus construcciones, sin colaboración vegetal algunas. Por el contrario, el patinillo es puramente jardín; es decir, una organización vege-tal, a veces modestísima —un arriate, un grupo de macetas, un tiesto en la pared—, pero enseñoreada gloriosamente de aquel re-cinto, el más íntimo y más grato de la casa sevillana.

#### JARDIN HISPANO-MUSULMAN

Si antes tanteábamos un poco a ciegas las influencias remotas y alejadas —más psicológicas que materiales— del patio, creo que ya ahora hemos llegado a un terreno conocido: la ascendencia musulmana de los jardinillos sevillanos.

En la doble vía de las influencias históricas sobre la cultura andaluza —la romana y la musulmana— es posible, y por lo que a la jardinería se refiere, que el gusto romano quedase más latente en lo rural; y que el influjo islámico hallase más propicio acomodo en las zonas urbanas, en los jardinillos interiores. La romanidad —y no en forma de Villa principalmente, sino en la de "hortus"— es clara y patente en la arqueología andaluza. No olvidemos cómo el desarrollo de la colonización imperial sobre el mediodía español tiene un principalísimo acento agrícola, comercial y cosechero. El "hortus" bético, en el cambio de dominio, generará la alquería mudéjar. Es utilísimo en este punto todo el aparato erudito con-gregado por el profesor don Julio González en su completísima versión recién publicada del Repartimiento de Sevilla. Y creemos

que la ascendencia musulmana en los jardines sevillanos no admite duda posible. En este sentido, y como relación entre el patio jardinero de Sevilla y posible antecedentes musulmanes, don Leopoldo Torres Balbas ha tenido la gentileza de enviarnos las siguientes notas:

### LOS JARDINES DE LOS PATIOS DE LAS MEZQUITAS

Singular característica de los patios de las mezquitas andaluzas era la de albergar jardines o huertos que animaban bellamente su arquitectura. En los patios de las orientales se ven, a veces, dos o tres árboles aislados y alguna enredadera, pero nunca los frondosos vergeles de las mezquitas españolas.

La tradición en este caso es bastante remota. A fines del siglo VIII o comienzos del IX, cuando la mezquita mayor de Córdoba, tanto su sala de oraciones como su patio, eran bastante más reducidos que como han llegado, por las sucesivas ampliaciones, a nuestros días, mandó plantar árboles en el patio su muftí y jefe de oración el alfaquí Saalá a ben Sallam al-Shamí. (1)

El patio de la mezquita mayor de Málaga tenía, según al-Umari, escritor egipcio del siglo XIV, naranjos y palmeras. Pocos años después, el viajero Ibu-Bal-ut-ah, pondera su belleza a la altura de sus naranjos.

Münzer, a fines de 1494, describe los patios de varias mezquitas consagradas ya entonces en templos cristianos. El de la de Almería era un amplio jardín de forma cuadrada, planteado de limoneros y de otros árboles, con suelo de losas de mármol y una fuente en medio. En el centro del patio de la mezquita de Guadix había un lindo jardín con una fuente para las abluciones, según la costumbre mora; la mezquita mayor del Albaicín granadino encerraba en su patio un bello jardín plantado de limoneros. (2)

Escritores sevillanos del siglo XVI describen el patio de la Catedral, que antes lo fué de la mezquita mayor, plantado de viejas palmeras, limoneros, cedros y naranjos alineados, con algunos cipreses y parras, formando un umbrío y ameno jardín (Morgado).

Refiere Rodrigo Caro algunos años más tarde que el claustro de la Catedral de Sevilla se llamaba Corral de los Naranjos por los que en él había "de muchos siglos atrás, con algunas palmas

(1) Lévi-Provençal, *España Musulmana*, p. 98.

(2) Münzer, *Viaje por España y Portugal*, pp. 78, 83 y 91.

y cipreses". (3) No creo aventurado suponer que estos viejos árboles u otros semejantes estarían ya plantados en el mismo lugar en el año 1248, cuando San Fernando conquistó la ciudad.

Debió de ser la gran mezquita de Córdoba la que dió la norma para la creación de los jardines en sus patios, seguida después en la de Sevilla que en ella se inspiró y, sin duda, en otras muchas.

En el patio de la gran mezquita de Córdoba hizo instalar Abd al-Rahman III, en el siglo X un toldo (**zulla**), destinado a proteger del sol, en el verano, a los fieles que no cabían en la sala de oración. (4)

Es decir; que el antecedente florido de los patios sevillanos coincide con la peculiaridad andaluza del exorno de las mezquitas. Incluso como se ve hasta en el uso de las velas o toldos veraniegos.

#### JARDINES MUSULMANES

Luis Massignon, dice esto mismo del siguiente modo: En el jardín clásico —y la doctrina es muy firme: comienza con los romanos, continúa con los Médicis y prosigue en el siglo de Luis XIV—, en el ideal clásico, se desea dominar el mundo partiendo de un punto de vista central, con grandes perspectivas que llegan al horizonte, con grandes estanques que reflejan la lejanía, con árboles dominados por la voluntad central, pero que van, poco a poco conquistando todo el terreno circundante. En cambio, en el jardín oriental, lo primero que importa es un espacio acotado, y el interés, en lugar de estar en la periferia, radica en el centro.

El jardín oriental se hace tomando un pedazo de terreno —“vivificando un trozo de desierto”—, llevando agua, elevando un muro exterior muy alto que no pueda saltar la curiosidad. En el interior hay árboles y flores a tresbolillo, que se aprietan más y más, a medida que se va de la periferia al centro. Y en el centro está el quiosco.

También nos sorprende aquí la negación de la naturaleza y del mundo, tal como los hallamos en torno nuestro. Es la inversa del jardín paisajista: una especie de naturaleza de ensueño, que nos conduce a un pensamiento central, a un desmayo del pensamiento en sí mismo, y en modo alguno a este apoderamiento gradual, a esta conquista de la naturaleza, que constituye el jardín clásico.

(3) *Historia de Sevilla*, por Alonso de Morgado (Sevilla 1887), p.

(4) *Iba Jaldum, Jbar*, IV, p. 144, según cita de Levi-Provençal.

**JARDINES ARABES: GENERALIFE**

Emilio García Gómez: **Un ensueño pendiente de un hilo** (A.B.C. Madrid 7 marzo 1947).

Efectivamente, como supone William Marçais, el jardín árabe es un anuncio paradisíaco. Porque el paraíso musulmán —no obstante la exégesis espiritualista de los teólogos— aparece literalmente descrito en el Alcorán como un jardín muy frondoso, de un intenso verdor rayano en el negro, surcado por sabrosísimas aguas corrientes, en el que los bienaventurados, sobre tapices y cojines de brocado verde, descansarán en pabellones, entre huríes y mancebos celestiales. Es más: se especifica que habrá “frutales y palmeras y granados...”. ¿Se imaginaria una fiesta real en el Generalife, por muchos de cuyos paseos apenas caben dos personas, una al lado de la otra...? Para sus manifestaciones externas la realeza islámica ha preferido siempre las explanadas pedregosas o las corraladas de cal, presagio de la aridez de la tumba... La Alhambra de los reyes moros no tenía árboles. Los árboles estaban en los jardines silenciosos y húmedos en los que el rey entraba solo y sin corona...

Y el ensueño de este hombre pende de un hilo, dicho sea casi sin metáfora, porque es un hilo de agua ¿se sabe lo que es venir de una raza, o, al menos, de una cultura cuyo oscuro fondo antiguo son cientos de generaciones sedientas o que de tarde en tarde han bebido de bruce la baba salobre de los pozos?

La legendaria “Arabia feliz” se convirtió en un desierto porque se rompió un dique. La Mauritania romana perdió su prosperidad porque se arruinaron azudes y acequias. El árabe lo sabe y sabe también que el río del edén es el único que no sufre estiaje. Pero donde puede, y mientras puede, busca el agua, la acaricia, la conduce mansamente por canalillos orillados de murta y luego la hace saltar muy alta en unos tazones de juguete con orla de versos. ¿No se ha dicho que es como esos avaros que en los cuadros flamencos trasiegan entre sus dedos columnillas de oro? Sí, lo hace con avaricia y con miedo, porque comprende que el menor descuido o la más pequeña revuelta puede dar al traste con su ensueño.

Bien: pues el jardinillo, el patinillo sevillano participa muy marcadamente de estas cualidades esenciales que señalan los eruditos investigadores como características del jardín musulmán. Casi nos atreveríamos a decir que el sevillano ve también un anticipo del Paraíso en sus patios y jardines. Claro que un Paraíso bastante cristianizado, sin huríes ni faramellos orientales.

El jardín por excelencia sevillano, el del Alcázar, es un patrón complejo y difuso —como el de toda la cultura sevillana— bajo una común especie de belleza: la recatada armonía de su ancestral orientalismo. Hay en él muchos pequeños jardinillos llenos todos de aquel espíritu difícil señalado. ¡Dejad para nuestra humildad y nuestra muerte esos patinillos de barrios, esos jardines pobres, ignorados, sumidos en una lenta agonía de geranios y abandonos!

### EL JARDINILLO DE RIOJA

Al hablar de los jardinillos no podemos por menos y ya que nos hemos amparado en títulos apolíneos, de hacer alguna referencia al que tuvo en Sevilla el mejor de los poetas florales españoles, don Francisco de Rioja. ¿Qué flores había en el jardinillo de Rioja? Vivió bastantes años en calles cercanas al Monasterio de San Clemente. La noticia nos la ha conservado el cronista don Diego Ignacio de Góngora: "Labró o amplió una casa cerca del convento de San Clemente el Real, adornándola con jardín...".

En la breve y óptima labor poética de Rioja hasta hoy conocida, hay composiciones al jazmín, a la rosa, al clavel y a la arrebolera. En la rosa distingue una variedad: la rosa amarilla. Pero sólo estas cuatro especies florales alcanzan el honor de constituir por sí, aisladamente, el ser motivo central de un desarrollo poemático. En otras composiciones se alude, como referencialítica accesoria, al ciclamor, al álamo blanco —que el poeta llama "povos"—, al abeto, pino, vid, laurel y fresno. Y nada más. Como se ve, no es muy copiosa la lista. Y sin embargo, Rioja —y con cuánta justicia!— es el poeta de las flores.

Nos encanta pensar en este jardinillo de Rioja en un barrio alejado del centro de Sevilla. La casa era rica y bien alhajada. Tendría una amplia estancia —¿la librería?— con puertas y ventanas al jardinillo. Y todos los ámbitos estarían llenos de una hondura de constante silencio, un silencio casi palpable en reflejos de ricas maderas, cristales, telas y penumbras incendiadas por algún rayo de sol vestido de temblores...

El mismo cronista que nos dice el emplazamiento de la casa del poeta, nos informa que en el jardín había unas fuentes. Y por los textos poéticos que se han conservado, deducimos hoy la población vegetal de aquel recinto delicioso. Rosas, jazmines, claveles... Quizás en la parte más abierta del jardín, algún árbol: un ciclamor de floración fugaz y fastuosa; un laurel oscuro y romano,

o tal parra lasciva que ensombrecería con encajes de frescura los rincones del alto estío.

Hay un soneto delicioso que nos permite conjeturar que cierta parte del jardinillo de Rioja era sombría: es aquel que comienza diciendo: "Lánguida flor de Venus escondida..." y cuyo tema tal vez resulte confuso a los no aficionados al cultivo de las flores. (Si una planta no está bien soleada —en el soneto a que nos referimos es un rosal—, se desarrollan viciosamente los elementos verdes, tales como el tallo, las hojas, las espinas, en perjuicio de la flor, que requiere más contacto solar para el logro feliz de su viva seda embriagadora).

¿Es este jardincillo humilde, esta última clausura vegetal de la casa sevillana la esencia primera del jardín que buscamos? Así lo creemos. Y para corroborarlo vamos a hacer ahora un recorrido sucinto sobre las más importantes organizaciones históricas de la jardinería sevillana.

#### LA ALAMEDA DE HERCULES

La primera gran influencia que sufre el jardín hispalense es la renacentista. Hacia el año 1560 nace el primer jardín público de la ciudad: la Alameda de Hércules. La contextura de este jardín nos es conocida al por menor. Aun quedan sus áreas, y los más nobles motivos que lo exornaron. Sigamos casi a la letra una descripción de un autor de la época. Dice Alonso de Morgado: "Traída en acueducto el agua de las fuentes del Arzobispo, que mandaban siempre beber los médicos por saludables, se organizan en aquel sitio tres grandes avenidas, ennoblecida la del centro, que es la mayor, con tres fuentes de galano artificio de mármol y jaspe, con figuras de altor proporcionado, y que derraman con abundancia perpetua, cada uno por sus caños en triángulos y cuadrángulos, claros chorros del agua de aquellos antiquísimos veneros que sólo bebían antes las gentes más regaladas. Estas tres fuentes riegan los mil setecientos árboles que entre alisos, álamos, naranjos, cipreses y paraísos forman las tres avenidas de la Alameda. Por los costados corren unos canalillos para el desagüe de aquellos sitios que antes eran muy pantanosos; y sobre estos canalillos muchos puentes, ricos y bien contruídos, para el acceso y paso de las gentes. En largo tiene esta Alameda quinientas sesenta varas de medir; y en el ancho ciento y cuarenta y tantas. Los árboles hallaron tan buena disposición en aquel buen sitio, que en poco tiempo se levantaron a mucho vicio y altura.

Y para ilustrar Sevilla esta obra de sus manos, hizo traer aquí, con otras hercúleas fuerzas, dos columnas del templo fundador de la ciudad. Y encima de ellas puso a Hércules, y encima de la otra a Julio César, entrambas figuras de extraño grandor y fiereza", etc., etc.

No extrañéis esta prolijidad descriptiva. El proyecto del jardín renacentista sevillano fué sometido por el asistente de la Ciudad, Conde de Barajas, a la minuciosa y burocrática aprobación del Rey don Felipe II nuestro señor.

Como veis, no sabemos si estamos en un jardín de Sevilla, o en un jardín de Roma. Canalillos, grandes avenidas de paraísos y cipreses, fuentes monumentales, columnas, dioses, emperadores. Sería curioso seguir las vicisitudes históricas de la Alameda de Hércules. Pero ello no nos interesa hoy. Si debemos observar cómo Sevilla, tan amante de sus monumentos, tan conservadora en las líneas principales de su urbanismo, no salva el esplendor de este gran jardín. Desaparecen las fuentes, los canalillos, la triple avenida de arbolado. Sólo quedan hoy —poder de lo ciclópeo— las columnas y estatuas de Hércules y Julio César, quizás taciturnos y malhumorados al ver sustituida la selva rumorosa que antiguamente presidían, por bares, paradas de taxis, cines veraniegos y una picaresca social que, aunque picaresca y sevillana, es poco clásica y recomendable.

La Alameda como jardín, como vergel desapareció hace muchísimos años. ¿Es que la ciudad no halló en la grandiosa organización renacentista del Conde Barajas ese sentido de lo íntimo, de lo personal, de lo misterioso, que distinguimos antes como esencias propias y generativas de los jardinillos sevillanos? Es posible.

### EL PATIN DE LAS DAMAS

Otro gran jardín público del siglo XVII al XVIII es el llamado "Patin de las Damas". Delicioso nombre: ¡Patin de las Damas! Casi tiene música de minué. Debió ser por su emplazamiento un jardín de maravillas. Corría al borde del Guadalquivir, justamente por donde desenvuelve hoy su red viaria el ferrocarril de Madrid, Zaragoza y Alicante. El emplazamiento no pudo ser más perfecto: por un lado la muralla de la ciudad aun no destruída, coronado el monótono almenaje por las torres y espadañas de los muchos conventos que enriquecen aquel sector de la urbe. Por el otro costado, la corriente del gran río, allí ancho y abierto, la Cartuja,

los naranjales de la vega, y al fondo, estremecido de olivos y crepúsculos el Aljarafe y las estribaciones de Sierra Morena. Gustavo Adolfo Mécquer, que ya alcanzó este jardín del "Patín de las Damas" en absoluta ruina y abandono, quiere que cuando muera lo entierren allí, en sus cercanías... (Todos nos acordamos de la segunda carta escrita desde el Monasterio de Veruela).

¿Porqué Sevilla, tan estática, tan conservadora, no mantuvo este jardín? ¿Triunfó otra vez la intimidad de una flor, el ángulo menudo con rosas y yerbaluisa solitarias, sobre la grandiosidad de un río, de un conjunto arquitectónico lleno de nobleza y de un horizonte dilatado?

#### PLAZAS DE SEVILLA

En los jardines y en la urbanística general sevillana tiene una capital importancia el siglo XIX. Por dos razones: una, la desamortización; otra, la francesada. La desamortización incorpora al área pública grandes zonas privadas de la Iglesia o fundaciones nobles. Muchas plazas de Sevilla tiene este origen. Y de ahí, quizás, la belleza e intimidad que las preside. Las plazas de Sevilla siguen teniendo algo de patio claustal, algo de jardinillos velados y residenciales. Y en ellas, por esta procedencia monástica, vuelve a surgir ese misterio del más allá, que antes entreveíamos en los patios. La plaza de San Francisco —la Plaza Nueva— fué antes cementerio y huerta. Aquella muerte menuda y lejana que entreveíamos en las luces de algunos patios, ahora se ha hecho grande y gloriosa. Entre las fuentes y flores de la plaza de la Magdalena anda la muerte de Martínez Montañés. Por la plaza de Santa Cruz yacen los restos de Murillo.

#### JARDIN DE LAS DELICIAS

Pero no precipitemos los acontecimientos. ¿Sabéis que en Sevilla existe un jardín público cuyo nombre y trazado responden con fidelidad admirativa al de la finca en que vivió Voltaire en Ferney, cerca de Ginebra? Se llama, como la finca del autor de "Cándido", "Las Delicias". ¡En Sevilla no hay nunca margen suficiente para la sorpresa! El asistente Arjona, compañero de Olavide, Marchena, Blanco y demás enciclopedistas sevillanos, le brindó este fino homenaje al literario y mefistofélico filósofo. Las estatuas que lo adornan provienen del jardín de Umbrete, residencia estival al modo romano que tenían los Cardenales de Sevilla.



Fué —no sé si intencionadamente— el mejor adorno para un jardín volteriano. Por la diferencia de flora y clima la similitud de origen apenas subsiste hoy. Continúa el nombre, aunque hoy como jardín queda integrado en el gran conjunto del Parque de María Luisa. Y es, en opinión de Forestier, la organización verde más bella de Sevilla.

### LA CRISTINA

Pero el gran jardín romántico, quizás por más cercano a la ciudad, fué "La Cristina", surgido en la época de Fernando VII. Goza también de un bello emplazamiento. La suntuosidad barroca del Palacio de San Telmo, por un costado; bordea el río, y en su final lo centra y remata la Torre del Oro. Al fondo, Triana y la lejanía azul. Sirvió más de una vez como motivo ornamental al gran pintor Esquivel, y Teófilo Gautier en su viaje por España nos lo describe animado con escenas del mejor color popular.

Tampoco conservamos hoy este jardín, que fué una de las más bellas estampas de la Sevilla romántica. Sus áreas las ocupa hoy, en parte, un hotel labrado cuando la Exposición Ibero-Americana.

### OTROS JARDINES

Y llegamos a nuestros días con dos organizaciones jardineras de primer orden. Una de tipo público, el Parque de María Luisa. Otro, como jardín privado: los del Conde de Castilleja de Guzmán. En ambas organizaciones trabajó Forestier, aunque con muy distinto criterio artístico en uno y otro caso.

En el Parque de María Luisa juega con los elementos subsistentes de una gran zona vegetal vieja e histórica: los jardines, huertos y naranjales de los Duques de Montpensier. Forestier, que había llegado a calar muy hondo en la suprema belleza de los jardines viejos sevillanos, resuelve el problema incrustando en la noble selva ducal una serie de menudas organizaciones, a base de glorietas, fuentes y estanques que intentan crear en la tupida masa del bosque el encanto íntimo de los patios y los jardinillos... Y hay que reconocer que en algunos puntos lo consigue plenamente. Este es el mismo criterio que acertadamente ha seguido el Ayuntamiento sevillano en algunas zonas que quedaban por organizar en las huertas que rodeaban los jardines del Alcázar.

En Castilleja de Guzmán el problema era muy otro. Por una

parte, el gusto sabio y depurado de su propietario, a quien desde esta tribuna me honro en felicitar por haber sabido prender en la falda de Sevilla una joya de tan extraordinario valor. Por otra, la situación privilegiada del lugar, e incluso la vecindad de Itálica, obligan a Forestier a un trazado de suntuosidad horaciana, referido a un horizonte serenísimo y a unas perspectivas de grandiosidad difícilmente superables.

### RECAPITULACION

Esta es la nómina histórica de los más importantes jardines de Sevilla. ¿Qué nos dice su estudio? Que la ciudad ha preferido siempre el jardín pequeño, el patinillo privado. Cuando crece algo en extensión, le inocular el lujo geométrico de las borduras de boj y arrayán, o una leve decoración arquitectónica renacentista. Y entonces surge, para evitar ámbitos desmesurados, el uso de las logias, arcadas, rejas y ventanales en un afán de querer ponerle cárceles al viento, y a la distancia y a los perfumes; es decir, hacer íntimo y concreto lo inaprensible.

Un jardinillo visto a través de las rejas de un patio —acordaos de las Dueñas— sitúa la maravilla de la luz, la flor y el cielo bajo el recato transparente de una mantilla de encaje que abrimos o descorremos por puro placer, necesidad o capricho. Un capricho borbónico —que se salva por su grandiosidad— introduce también el muro con grutesco. Pero sin que nada abrume al conjunto; sin perder nunca esa proporción finísima entre la persona y lo que le rodea; sin olvidar esa medida humana que ha de presidir, como el mejor acierto, estos retiros de la intimidad sevillana.

### JARDINES DEL ALCAZAR

Intencionadamente, apenas hemos hecho alusión en toda esta larga lectura al jardín por antonomasia sevillano que es el del Alcázar. Y lo hemos hecho así para traerlo ahora como corroboración viva y permanente de cuanto hemos enunciado con anterioridad. Dijimos en los comienzos —y éstos cantan los jardines del Alcázar— que Sevilla tenía la estética de saber amoldar con acierto las más extrañas formas e influencias, reduciéndolas a un matiz de unidad trascendente que constituía su mejor esencia. La zona más antigua del jardín alcazareño es una serie de patios y jardinillos reducidos que, enlazados por fuentes, rejas, estanques y arquerías, corren junto a los muros del Palacio del Rey Don

Pedro. Cada jardinillo de estos constituye, aisladamente, una belleza propia; reunidos entre sí, y sin fundir nunca la personalidad de cada uno, forman el más acabado conjunto de la jardinería sevillana. Son los jardinillos moriscos. Y en ellos subsiste colmada esa medida lírica entre el olvido, la felicidad y el ensueño que es norma característica de estos ámbitos felices. Viene luego —ampliaciones del Emperador— el jardín llamado de las Damas, con la colaboración renacentista de fuentes altas, barandales, portadas... Pero no desentendiéndose completamente —lo mismo ocurre en las Dueñas y otros palacios sevillanos— de la vecindad musulmana; es decir, que mantiene la organización de cuadros centrados por fuentes pequeñas y bajas —recuerdos de los patios de las mezquitas— y los paseos estrechos por donde apenas caben más de dos personas. Ésos paseillos que por su estructura son ya casi una incitación a la confidencia o a la caricia.

A todo este conjunto lo rodeaban en el Alcázar las huertas y los vergeles. Huertas en las que el naranjo y la palmera, el laurel y el granado se mezclaban con la hortaliza, la col, la lechuga o la yerbabuena. Porque mezclar la huerta sabrosa con el jardín decorativo es otra característica del jardín musulmán. Y todo este abigarrado vergel, amurallado contra el exterior, lo presidían los quioscos, es decir los cenadores. Recordad allí en el Alcázar aquel pabellón de Carlos V, de arquitectura menuda y frágil, rodeado de un paraíso de azahar y sostenido todo él por el hilo de agua de la fuentecilla que lo centra. El cenador o quiosco quedaba en muchos jardines sevillano de área reducida, sustituido por la glorieta, es decir por un solancillo o estrado dentro del jardín diminuto. Recuerdo ahora mismo tantos como se ha llevado el mal gusto imperante, o la necesidad constructiva de nuestra época: los del Marqués de la Algaba, por calle Arrayán; los de algunas casas de la calle Tinte; el preciosísimo de los Levies; el aún vivo y ya cercenado y condenado a muerte, de los Ceperos, por el callejón del Agua, etc., etc.

A veces la experiencia de la aclimatación en Sevilla tiente lo imposible. En una de las huertas a que venimos aludiendo, y quizás como homenaje a la Reina Doña Victoria, surgió, hace cuarenta años, un jardín al estilo inglés... Praderas de césped recortado, cedros, taxus, araucarias, brachichitons... ¿Qué ha ocurrido con el transcurso del tiempo? Pues que el clima de Sevilla le ha hecho perder el acento británico. Sobre la grama surgen espontáneamente amapolas, tréboles, adormideras y florecillas las más variadas y copiosas. El mucho riego y calor han puesto en el bos-

que alto cierta densidad de trópico aséptico y voluptuoso; y aunque se recorta y pule el verde césped, no incita a la fina melancolía, al descanso y a lecturas brumosas y desvaídas. Nos lleva a cosas más fuertes y raciales... Por ejemplo, a saborear alguna buena reseña taurina de faenas de Pepe Luis Vázquez o, cuando más, cuando más, los poemas de García Lorca traducidos a la lengua británica por David Ley.

### JARDINILLO ENTRAÑABLE

El jardinillo sevillano, el íntimo, el viejo, el de siempre, podría tener una dilatada persistencia. Porque, en realidad, no es costoso de mantener. El enemigo de los jardines grandes hoy es su enorme costo. Ya el Emperador, con ser Emperador, no podía con sus empresas y palacios, y tuvo que poner a la venta, en cierta ocasión de apuros económicos, hasta aquellos chapines de perlas que lucía la Emperatriz y de que hablamos al comienzo. Y esto no es invención de poeta. Lo cuenta en un libro muy serio el economista señor Carande, que lo ha leído en documentos de Simancas. Pero el jardinillo sevillano apenas exige nada. Un arriate, un chorro de agua, unas flores, un pedazo de cielo. Para el lujo de la casa y la felicidad del sevillano basta este pequeño espacio en el que cabe un amigo, un libro, una copa de vino o la sonrisa de nuestra mujer entre flores.

---

Nos quedan aún muchos temas importantes. Por ejemplo, el estudio de la nomenclatura sevillana de las flores con su aspecto religioso —varitas de San José, coronas de la Virgen, rosa de Pasión, etc., etc.—, o en su aspecto poético o figurado —celinda por siringa, mosquetas por wichurianas, miramelindos, flor de jarro, espuelas de galán etc., etc.—. Tendríamos que hablar de ventanas, cancelas y balcones con macetas. Tendríamos que hablar también del trato peculiar, íntimo, dialogal de la mujer sevillana\* con sus flores... Pero no hay tiempo para tanto. Sí diremos (y así terminamos) que este diálogo de las sevillanas y las flores está lleno de aquel sentido alto y maravilloso que llevó al mejor poeta gongorino, cuando quiso hacer el elogio de la Divinidad, a formularle esta ingenua pregunta que se convierte en la mejor oración y en el más fino piropo: "Dinos, Señor, ¿quién te enseñó el perfil de la azucena?"

---

Aquí debía terminar esta intervención, amable para nosotros desde el punto de vista de la Academia que nos honra con su cátedra, pero absolutamente lujosa, por inadecuada, en orden a la intención magistral y colaborativa que informa este curso de lecturas relacionadas con los gravísimos y urgentes problemas de la urbanística sevillana.

Nosotros hemos hablado de lo que fueron los jardines de Sevilla para que su recuerdo siga informando a los jardines de hoy y los que puedan surgir mañana. Hay algo trascendental y elegiaco que rezuma de cuanto hemos expuesto aquí: el patio y el jardinillo de Sevilla tienden a desaparecer, ya que, paulatinamente, va desapareciendo también la hechura tradicional de nuestras casas. La individualidad residencial —alta, burguesa o modestísima— no conjuga con los tiempos que llegan. Por razones de tipo social y económico, las más de las veces, y otras, por el mal gusto y la incultura de nuestro momento. Muchas gentes adineradas no tienen capacidad espiritual para degustar hoy el placer inigualable de un patio o de un jardinillo. Prefieren otros lujos. Vivir en un piso de tres mil pesetas o hacerse un "chalet". Y surgen jardines particulares, ciertamente; pero no interiores y celados, no íntimos como para un desposorio o un ensueño... Son jardines abiertos al exterior, al ruido y a la gasolina, como los de cualquier otra ciudad del mundo.

Es evidente que al no existir el patio y el jardinillo familiar, hay que sustituir su inicial función salubre —ya que no la poética— por la colectiva expansión de las plazas y de los parques. Sevilla necesita aunar los pequeños espacios abiertos que antes regían y centraban las vidas familiares, en zonas públicas y comunes. Que nuestros regidores, que los arquitectos procuren no olvidar en cuanto sea posible, y para estos jardines de mañana, el sentido de armonía interior, casi de religiosidad cotidiana y alegre, que aquellos ámbitos tradicionales —los patios, los jardinillos— llenaban en la vida de la ciudad, y de un modo tan directo como profundo, en la vida de los sevillanos.—He dicho.